# LA VIDA DE UN DESPISTADO

“ En un lugar de la mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme…”

espero dejar de leer esto, antes de que todo desarme

ya que con esto tan enrevesado, yo ya empiezo a aburrirme

me distraeré, pues, con otras cosas solo para evitar dormirme.

Sobre la cara de Martina, que leyendo está muy concentrada

ha querido ir a parar, voladora, esa mosca despistada

que por ser buena cosa holgazana, posada descansa sin prisa

a ver si cuando Martina se entere no le cambia la sonrisa.

Alza el vuelo el insecto dirigiéndose graciosa a la pizarra,

con delicadeza, cuidado y despacito al borrador se agarra

-¡Felipe, si ya te lo he dicho! ¡Atiende, lee no te despistes!

-dice el profesor ahora. ¡Uf! Menos mal que a mí no me vistes.

Si miramos a través de la ventana podemos apreciar

a la de mate que llega tarde, va corriendo por abreviar.

Tan grande el maletín para tan pequeñas las ecuaciones,

pero lo que más nos pesa a todos son sus explicaciones.

En el tablón de la esquina, que anuncios se supone que nos muestra,

fuerte destaca el dichoso ranking de puntos de clase (la nuestra)

ya que de no ser por el ajedrez al que me ganó Paula

sería ahora el alumno que más puntos tenga de este aula.

¡Cuánto preciado tiempo, malgastado en absurdas distracciones!

¡Si en el fondo lo que queremos todos son aquellas vacaciones!

¿Hay esperanzas todavía en ese tan perdido del verano?

Pero llegar y disfrutar esa estación está de nuestra mano.

Al parecer han acabado de leer, diez páginas está bien

sin embargo, como queda tiempo haremos de esto un resumen también.

A Manuel como se le vio con muchas ganas, va como un hereje

a dar un paseo, pa’ coger tizas, a visitar al conserje.

Al fondo las cazadoras yacen en serie sí y no

de los colores básicos: rojo, azul… parece dominó

mas, ahora que falta un chaleco que habrán robado

de nuestra serie del perchero, quedó ahora descolocado.

De una de tantas formulaciones mágicas del profesos

se levanta simulando una estampida y dando un temblor

sobre la mitad de la clase a la papelera con voz quejante

el famoso “¡chicle a la papelera!”, había sido el causante.

En la mitad de una clase hay a escoger muchas actividades:

los más atrevidos optan por avión en manualidades,

los enamorados se pasan notitas con mensajes cifrados

por que los repartidores del correo no sean descarados.

Incluidos en los deportes de pelota cabe destacar

el futbol con pelota de papel Albal, el que se suele practicar,

muchos otros alumnos disparan bolitas con la catapulta

mientras otros lo hacen con cerbatanas a la diana oculta.

Dirijamos ahora un vistazo al grupo de alumnos “aplicados”

duermen tranquilos, unos con los ojos abiertos y otros cerrados.

El profesor no duda un segundo en explicar teoría

pero de nada servirá si estamos en la última hora del día.

La clase de lenguaje nos está pareciendo un aburrimiento,

al parecer solo está atendiendo de la clase un cinco por ciento

si somos veinte alumnos despistados, por cuenta matemática,

lo de escuchar las explicaciones lo pone solo uno en práctica.

Y ¿quién será aquel traidor, ese pelotero que presta atención?

porque a toque de timbre le iremos a dar una buena lección.

Y ¿quién será ese extraño espécimen tan diferente del resto?

como no sea la mosca, no he visto acontecimiento como esto.

Nuestra clase, por dar una pista, es una cosa singular:

no es cuadrada como el resto y mayoría, es triangular.

Pintada como un fruto seco, al verde pistacho es parecido.

Proyector, ¡qué alegría! hasta ahora no lo habíamos tenido.

Suponiendo que habéis leído todo el poema que ha transcurrido

habréis encontrado pistas sobre mi clase en lo que habéis leído;

no es difícil que adivinéis el autor de estos versos extraños

si seguís las pistas escondidas no os llevará muchos más años.

Solo tienes que fijarte un poco y prestar atención al de enfrente

ya están todos mirando el reloj, nos habremos leído la mente,

con muchas ganas empezamos a contar contentos: tres, dos, uno…

nos vamos corriendo con objetivo de que no quede ninguno.

Aun así, esperamos que los profesores se vallan contentos

que sigan pensando que a las explicaciones estamos atentos.

Pasa que, como nosotros sabemos que ellos lo hacen por nuestro bien,

le ponemos muchas ganas y respeto en aprender de ellos también.